

José **MACHADO**

Manuel **VALERA**

Futbolia

Filosofía para la hinchada



Índice

<i>Presentación</i>	9
---------------------------	---

LA CONCENTRACIÓN

La convocatoria. Criterios de selección.....	13
El balón de Pitágoras: armonía y esfera	17

LA PIZARRA. CORRELACIONES ENTRE FUTBOLISTAS Y FILÓSOFOS

El Once que juega	24
El Once que piensa	25

EL EQUIPO

1. Kahn y Descartes: la portería cartesiana	29
2. Maldini y san Agustín: el universo dentro de un balón	37
3. Beckenbauer y Kant: crítica de la <i>Naranja mecánica</i>	43
4. Roberto Carlos y Marx: el lado zurdo de la fuerza.....	53

5. El destructor:	
Redondo y Nietzsche, superhombres	63
6. El constructor:	
Zidane, Platón y el mundo de las ideas	71
7. Figo y Ortega:	
la rebelión de las masas blaugranas	81
8. Raúl, Aristóteles y la realidad	87
9. Buscando puro gozo:	
Romario y Epicuro, y un apéndice	95
10. Maradona y Diógenes: hombres libres	103
11. Stoichkov, Heráclito y Parménides:	
guerra y fuego...	115
12. El Olimpo: Di Stéfano, Pelé y Cruyff	
flanquean a Sócrates	123

LOS HOMBRES DE NEGRO

Collina y Hume: el centro de todas las miradas	135
Lao-tsé y Rafa Guerrero: los pacificadores	141

FUERA DEL CÉSPED

El entrenador: Bilardo y Maquiavelo,	
el fin y los medios	151
Sartre y el infierno de la prensa deportiva	159
El jugador número doce	165
Apéndice (2): Cuadros para quedar bien	167
Apéndice (2.1): Para quedar aún mejor...	177
Glosario	179

Presentación

La idea de este pequeño y divertido proyecto nace a partir de una serie de hechos del todo irrefutables. A saber: decrece *vox populi* el nivel cultural del país (en especial el de los alumnos de secundaria y universitarios) al tiempo que el fanatismo y la pasión por los colores de los clubes y selecciones nacionales de fútbol copa las conversaciones, inunda los telediarios y revienta fronteras; por todas partes hay bibliotecas que se vacían en la misma medida en que los estadios se llenan cada domingo; el número de filósofos de carrera es inversamente proporcional al de *enteraos* de la última hora de información futbolística; se reduce el número de lectores «serios» mientras se disparan las tiradas de los periódicos deportivos. Así las cosas (el fútbol golea a la filosofía a domicilio, no hay quien pueda negarlo), los autores de este libro —apasionados futboleros, voraces y serios lectores— deciden que hay que hacer algo al respecto.

La filosofía surge cuando el ser humano da el paso del *mito* al *logos*, es decir: de la explicación mítico-religiosa del mundo a la comprensión racional de las dudas que lo acechan. No está de más, por tanto, que comencemos citando uno de los mitos recientes del fútbol y que, a partir de él, vayamos trasladándonos poco a poco al *logos*. Nos estamos refiriendo a la final de la Champions de 1999.

Manchester United y Bayern de Munich se disputan las mieles del éxito. Los alemanes, impulsados por su mentalidad kantiana, son capaces de todo: dominan el marcador por un gol a cero y el partido está a punto de terminar. Los germanos se las prometen felices, pobres, desconocedores aún de lo que les espera. Porque no es que el Manchester enganche un gol y fuerce la prórroga. Es que marca dos, seguidos, en un minuto, se lleva la Copa de Europa para Manchester y deja a los alemanes con un palmo de narices. Es la remontada por definición, la más rápida (en un minuto) y la que más duele (en una final de Champions).

El objetivo del proyecto *Futbolia* es sencillo: remontar el partido como lo hizo el Manchester. O intentarlo, al menos. ¿Cómo? Nos da vergüenza repetirlo, pero resulta tremendamente sencillo: dibujar sobre un terreno de juego la alineación de gala de toda la historia del fútbol... y de la filosofía. Cada futbolista, por sus características técnicas, ubicación en el sistema de juego (por defecto escogeremos un clásico 3-4-3) y comportamiento fuera del campo, se corresponderá con las líneas de pensamiento de un determinado filósofo. O viceversa. Así, acercando la filosofía a los lectores más perezosos —dándoles detalles técnicos y rumores más o menos publicables de sus ídolos futbolísticos, y mostrándoles a su vez las coincidencias y paralelismos (en sus vidas y obras) existentes entre éstos y once filósofos de primer orden—, no sabemos si le daremos la vuelta al marcador, pero al menos tendremos la oportunidad de marcar el gol del honor.

LOS AUTORES

La concentración

La convocatoria. Criterios de selección

Una vez tomada la decisión de seguir adelante con el proyecto —cosa no excesivamente com-

plicada, puesto que desde un principio se planteó con la sana intención de divertir y divertirnos—, el siguiente paso a seguir, apaciguado ya el entusiasmo inicial, fue mucho menos sencillo: configurar la selección de futbolistas y filósofos que compondrían el índice del libro. ¿Que cómo es eso? Helenio Herrera será siempre recordado por decir, obviamente auspiciado por un resultado favorable, que con diez se juega mejor. Y esto, aunque rara vez sea cierto, tiene mucho que ver con el problema de espacio que se nos presentó nada más saltar al césped. Porque ¿cómo es posible sintetizar veinticinco siglos de historia del pensamiento —y uno de balompié— en apenas doscientas páginas? Y es más, ¿cómo evitar susceptibilidades en cualquiera de los dos equipos?

Paradójicamente, la alineación de los filósofos presentó menos problemas que la de los futbolistas pese a abarcar un lapso histórico mucho mayor; aunque esto le parezca lógico al lector de a pie (no en vano el número de jugadores de fútbol federados hoy día en cualquier país del mundo, por pequeño que sea, es infinitamente superior al número de filósofos que han pisado el planeta desde que bajamos de los árboles), el filósofo o el estudiante de filosofía

quizá echará de menos a Wittgenstein, a Heidegger, a Séneca, y se preguntará por qué Spinoza, Erasmo o Demócrito han ido a parar al banco de suplentes, o se llevará las manos a la cabeza al comprobar que Derrida, Confucio o Rousseau están lejos de sus zonas de influencia. ¿Qué clase de extrañas lesiones aquejan, además, a Montaigne, a Cicerón, a Marco Aurelio o a Pascal para que no aparezcan ni en el banquillo? Sin embargo, aunque no estén todos los que son, los que están pueden darle una idea bastante aproximada de lo que ha sido la filosofía desde la Grecia clásica hasta el siglo XX, pasando por la Edad Media y el Renacimiento, la Ilustración y el Romanticismo, sin olvidar unas breves pinceladas de filosofía oriental.

El equipo de los once mejores futbolistas de la historia es otro asunto. No sólo por la dificultad que entrañaba la enorme cantidad de futbolistas que apareció en las primeras reuniones, sino por la estrechez espacial de la que hablábamos arriba, se nos presentó un problema táctico de gran magnitud. Un problema de demarcaciones. Si una jornada de Liga da para media hora de información en cada telediario de cada canal durante cinco días, imagínese lo que ha dado de sí durante los últimos cincuenta años. Lo que necesitábamos —y con urgencia— era un criterio de selección que se correspondiera de alguna manera con los objetivos propuestos en el capítulo anterior. El subtítulo de este libro es *Filosofía para la hinchada*, aunque bien podría haber sido un poco menos espectacular y más luminoso, algo más claro y directo como *Introducción a la filosofía para gente a la que sólo le interesa el fútbol*, o algo por el estilo. De todas formas, subtítulos aparte, lo que está fuera de toda duda es que se trata de un libro, sobre todo, para futboleros. Pero tampoco se nos escapaba que el perfil del aficionado medio ha cambiado en los últimos años. Y tanto. Sin apenas darnos cuenta los graderíos se han llenado de un color diferente. Atrás han quedado los grises tiempos de las corbatas, los bigotes y el micrófono a pie de césped. Hoy, las patillas y la pana, el bocata y las panzas cerveceras, la chillona seda de los trajes en el palco y las agresivas pinturas de guerra de *hooligans* y *ultras*, en definitiva, toda esa pátina alta en colesterol y testosterona, no es que haya desaparecido de los estadios, pero es

innegable que ha ido adquiriendo un tono más amable y cantarín, más ordenado y civilizado, un color inequívocamente femenino. Ahora que el marketing y el interés general han hecho del enemigo histórico un gigante imposible de derribar, ellas han movido ficha sacándose un abono de tribuna preferente. La agotadora abnegación del ama de casa, los últimos cartuchos de alegría de la jubilada y el furor hormonal de la adolescente han encontrado por fin escape, blanco y recepción en esos mismos verdes campos donde lo hicieran los sueños, frustraciones y triunfos de sus hijos, padres y maridos. Por otra parte, la edad media del aficionado (o, en este caso, del consumidor de fútbol) se ha rebajado considerablemente. Los niños mantienen vivo este negocio gracias a cada camiseta oficial y videojuego que compran, de aquí a Japón, haciendo escala en Argentina, Arabia Saudita, Camerún...

Estos cambios, por razones obvias, nos obligaban a ajustar los parámetros de la selección, impidiéndonos retrotraernos a tiempos, no sabemos si mejores en cuanto al juego en sí pero sin duda más inocentes; a veces muy a nuestro pesar. Estamos convencidos que los aficionados más talluditos se preguntarán dónde están jugadores de la talla de Gullit, Platini, Charlton, Eusebio, Puskas, Van Basten, Stielike, Rummenigge o Gento; qué nos han hecho Butragueño, Mágico González, Hugo Sánchez, Paolo Rossi, Juanito, Neeskens o Luisito Suárez para quedar fuera de nuestra selección. La razón puede ser tan sencilla como decir que el unánimemente reconocido como mejor portero de la historia es Lev Yashin, más conocido como *La araña negra*, pero —y, por favor, disculpe de antemano la presunción— las probabilidades de que cualquiera de esos compradores compulsivos de camisetas o de que un porcentaje mínimamente aceptable de estudiantes minifalderas de la ESO supieran de quién se trata son tan, tan pequeñas, que incluir a muchos de los jugadores recién mencionados, sinceramente, no merecería el esfuerzo.

Teniendo todo esto en cuenta, convenimos que la selección habría de basarse en tres características esenciales para la satisfactoria consecución del objetivo del libro: la calidad, la demarcación

y el impacto del jugador en el recuerdo del aficionado. Como ya dijimos de los filósofos, no están todos los que son. Pero tampoco era fácil.

Ahora, disfrute, querido lector.

El balón de Pitágoras: armonía y esfera

LEONTE: ¿Y tú quién eres?

PITÁGORAS: Un filósofo.

Dice Johan Cruyff que los jugadores han perdido cualidades técnicas desde que los niños ya no juegan al fútbol en las calles. Nosotros, de quienes no se puede decir precisamente que exhibamos una técnica brasileña con el balón en los pies, disfrutamos de aquel tiempo en el que en cualquier descampado improvisábamos un estadio sin ser molestados por el continuo pasar de los coches: que no desarrolláramos un excelente control del esférico se debió más a nuestra torpeza que a un error en la teoría de Cruyff.

Pero a lo que estamos, que este capítulo va de armonías y pelotas. Pelotas de fútbol, entiéndanos. Si por un lance del juego ocurría que alguno de nosotros, con ocho, diez, doce años, da igual, rematábamos de cabeza, el dolor de coco quedaba garantizado durante el resto del partido; y le aseguramos que aquellos encuentros solían durar hasta que la falta de luz nos obligaba a dejarlo. Qué balones de fútbol, qué duros, duros como ellos solos. Una vez nos dieron un balonazo en el dedo de una mano y hasta hace nada hemos estado mudando la uña, créanos. Veíamos lo que hacía Santillana de cabeza e intuíamos que la madurez significaba rematar de esa forma sin que la frente se te diera de baja.

Las cosas han cambiado, que dirá Heráclito en otro capítulo. Pasamos de aquél a un balón que botaba más pero pesaba menos, que hacía menos daño. Ya era tarde para aprender a remar de cabeza, estábamos mayores, pero sentimos que aquellos nuevos balones no estaban hechos para héroes, como los esféricos de nuestra niñez. ¿Qué había ocurrido para que esos utensilios sin los cuales el fútbol no es posible se hubieran transformado de esa manera? Simplemente, que el balón se había reencarnado, responde Pitágoras. ¿Cómo? ¿Quién es ése? ¿Pitágoras? ¿Qué pinta él en todo esto? Ya le decimos: no hay fútbol sin balón, pero tampoco filosofía sin Pitágoras. Él nos lo va a hacer entender todo, y sin tantos dolores de cabeza como provocaban aquellas piedras que osábamos remar con ocho, diez, doce años, da igual.

De modo que el balón es algo imprescindible, esférico y que cambia cada cierto tiempo, cada cierta generación. Últimamente, por refrescar, hemos visto rodar el Roteiro, el balón del Europeo de 2004 y, en la Liga española, un balón amarillo de cuyo nombre no queremos ni acordarnos y que, con total certeza, ha sido lo más feo que se ha visto en un terreno de juego, lo cual es mucho decir: ¿recuerda a Reizieger, el holandés del Barça, o a Prosinecki, el ínclito yugoslavo que fumaba puros en la banda del Bernabéu?

Pitágoras no dejó nada escrito: tampoco los balones, que como mucho dejan una señal en el rostro del que se topa con él si ha sido Ronald Koeman quien ha botado la falta. Acerca de Pitágoras se han escrito muchas cosas y se han comprobado muy pocas, pero comencemos recordando que él fue el primero que empleó el término filósofo («amante de *sofía*, de la sabiduría»), cuando el tirano Leonte le preguntó: «¿Y tú quién eres?». No le haga esta pregunta a la pelota, a la *vieja*, que le llama Di Stéfano, a la joya de la corona, sino escuche, porque el tal Pitágoras fue precisamente hijo de un joyero, en la isla de Samos, cerca de Mileto. Nació en el 570 a. C. y cuentan que su padre le financió los mejores estudios que se le podía dar en aquel tiempo a un hijo, pero lejos de él. Ya debía de intuir el joyero la *joya* de muchacho que estaba criando, y lo mandó con viento fresco a Egipto, que es como si hoy mandas al chico a Londres, a los Estados Unidos,

a Pekín, para quitártelo del medio un tiempo y a ver si espabila. Pitágoras espabiló, pasando de Heliópolis a Menfis, de Menfis a Tebas, y después continuó su formación en manos de los caldeos, los fenicios, los Magos de Asia Menor, los persas... Cuando acaba sus estudios, cercano a la cuarentena (para que luego digan que ahora la gente tarda en independizarse), nuestro hombre regresa a Samos, donde se encuentra con un estilo de vida que le parece depravado. El tirano Polícrates había desarrollado una desaforada pasión por Baco, ya sabe, el dios de las orgías, del vino, y al grito de «¡Evohé!» (expresión proferida en los rituales báquicos) cada noche convencía un poco más a Pitágoras de que debía pedir el traspaso a otro equipo. Lo hizo, y recaló en la ciudad de Crotona, donde lo contrataron para que impartiera clase. Menuda cosa le ofrecieron al bueno de Pi, que en poco tiempo se había organizado un grupito de jóvenes acólitos del que surgió, más que una mera escuela filosófica, una secta elitista donde el conocimiento traspasado por el Maestro se guardaba con el mayor de los celos. Este secretismo concuerda con lo misterioso de los vestuarios, donde se pretende que nada trascienda al exterior. Pitágoras fundamenta sus enseñanzas en dos conceptos: la metempsicosis y el número. Tranquilo, porque sólo nos hallamos ante una palabrota de académicos, «metempsicosis», que no esconde más que un concepto sencillo: alude a la reencarnación de las almas. Comencemos por esto.

A saber, conocemos los siguientes balones de fútbol: los de trapo, anudados con cordeles y propios de épocas de penuria o de una infancia fecunda en imaginación; los de plástico, lisos, que no pesan, y tras los cuales los más tiernos infantes aprenden a corretear; los balones de las postales y las fotos amarillentas, que eran unos esféricos de tono ocre, con visibles costuras y en pos de los cuales se estiraban los guardametas que lucían aquellas gorras enormes y como de paseo de domingo en la plaza del pueblo; los balones compuestos por hexágonos y pentágonos, durísimos, que ya hemos dicho que intentábamos rematar en nuestra niñez; los mismos, pero sabrá dios de qué otro material y hechura, que ya no pesaban tanto y con los cuales uno podía dar mejor la rosca; el ya citado Roteiro, que fue muy

criticado, entre otros por el griego Tsartas, a la postre campeón del Europeo, porque experimentaba un extraño efecto en los metros finales de un lanzamiento largo o tras el bote; y no volveremos a citar los esféricos amarillos de la Liga 2004/2005 (y eso que aún recordamos a Reizieger y su boquita de piñón...). Seguro que a usted se le ocurren más modos, más formas de balón de fútbol... más reencarnaciones.

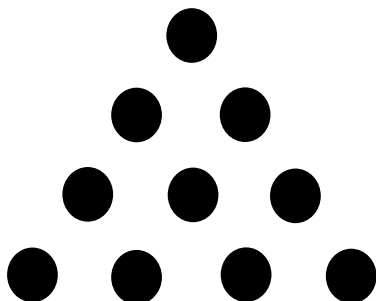
Pitágoras diría que todas estas manifestaciones de un balón se deben a esto que hemos llamado metempsicosis: la reencarnación del alma del balón, que además no recuerda sus vidas pasadas. O sea, que siempre es el mismo objeto, idéntica alma en distintos cuerpos, en distintas envolturas. Pitágoras sostenía que ya había vivido cuatro veces antes, y que lo volvería a hacer eternamente: habló de haber sido pescador, luchador en la guerra de Troya, hijo de un dios... incluso después de su muerte algunos pitagóricos afirmaron que el Maestro se había reencarnado en varios señores más, y hasta en una señora dedicada a hacer la vida más agradable a los señores a cambio de una cantidad determinada de dinero. Además, habría que contar con las reencarnaciones en las que Pitágoras se transformó en animal, planta u objeto. Y atención, porque aquí se introduce un concepto que a la civilización occidental le suena debido a algunas enseñanzas posteriores al pitagorismo: los cambios de su cuerpo, de la envoltura de su alma, dependen de cómo se haya portado, lector, así que ojo. O sea, que si usted ha sido un balón estuendo, que ha protagonizado magníficos y espectaculares partidos, la próxima vez que su alma rellene de aire otro esférico será un balón de reglamento de primera categoría; si en cambio lo ha hecho de pena y con usted no le han metido un gol ni al arco iris, no descarte que en su próxima vida se convierta en esa pelotita amarilla tan fea de la Liga española... que no, que no nos queremos ni acordar de su nombre.

Debido a esta creencia, los pitagóricos no comían el corazón de ningún animal, no fuera que se estuvieran jalando el de un ilustre antepasado. No era la única manía incluida en su ideario: no comían habas, no partían el pan, no podían dejar huella de su

cuerpo al levantarse de la cama... un portento de muchachos, en definitiva. Si los pilla Camacho, en un mes les quita todas esas curiosas costumbres, ya sabe.

Y hemos hablado del número. Para los filósofos griegos, la cuestión de la materia resultaba de una importancia absoluta: ¿de qué estaba hecho el universo?, ¿cuál era la sustancia que todo lo formaba? Para Tales de Mileto, por ejemplo, esta sustancia esencial, o *arké*, era el agua, que sólida, líquida o gaseosa era capaz de dar forma a todo lo que conocemos, desde una piedra a los propios seres humanos. Anaxímenes, en cambio, se inclinaba por la opción del aire. Heráclito, ya lo veremos, por el fuego. Cada filósofo tenía un elemento esencial. Y Pitágoras cree que el *arké* lo constituye el número: el universo material está compuesto de números. Para él, el Uno es un punto; el Dos, una línea recta; el Tres, un plano; el Cuatro, un cuerpo sólido... Si bien nosotros creemos que los balones de fútbol están formados por cuero, por aire, por costuras... para Pitágoras están hechos de cuatros, de seises, de treintas...

Pero no sólo eso, sino que los números, para el señor Pi, cuentan con una importancia propia, se hallan sometidos a una jerarquía que indica cuál de ellos es más noble, el «mejor número», del mismo modo que los jugadores de fútbol se pelean por lucir el 1 de portero a la espalda, el mítico 10, el avispa 7, el talento del 8, el 14 de Cruyff, el 23 de Beckham... El 1, 2, 3 y 4 eran los más importantes para los pitagóricos, y con ellos dibujaban la figura llamada *tetractis*, es decir, el número 10, el número divino:



Y opinaban que la ordenación correcta de los números es la armonía, que identifican con todo lo bueno. Así, la salud es la armonía entre el calor y el frío de los cuerpos vivos, la justicia social es la armonía entre lo que se trabaja y lo que se percibe como salario... La armonía del universo se esconde tras el secreto de los números. ¿Qué figura más armónica, pensamos por tanto, que la esfera, sin un solo vértice y con todos a la vez, delimitada pero infinita, sin esquinas pero con un centro equidistante a todos los puntos de la superficie? El cuerpo más armónico es la esfera, entonces, y para nosotros queda reencarnada precisamente en el balón de fútbol, aunque sea ese que rematábamos a finales de los setenta y principios de los ochenta y que nos provocó tal conmoción cerebral que quién sabe si no fue ahí cuando en nuestras pobres cabezas empezamos a gestar la idea de hablar de filosofía y fútbol.

Quédese con la idea de que Pitágoras, amigo del secretismo, de la idea de la reencarnación de las almas y del número, es el primero que habla de ser «filósofo». El resto de griegos, para bien o para mal, no dejarán de referirse a él y a sus enseñanzas. Vamos, que Pitágoras fue el que se trajo el balón para que empezáramos el partido. Y ya que tenemos balón, pasemos, sin más, a jugar.